

# LA ESPERANZA



Todos en la vida ansiamos algo que está muy lejos y velado. Todos vemos agitarse en nuestra fantasía, un pálido mundo de ilusiones que no son más que aspiraciones y anhelos á una existencia de nebulosa realidad, de vagas promesas. Todos soñamos, porque la vida es sueño; todos esperamos.

El término final de nuestros deseos es una esperanza, tanto más bella cuanto más lejana; las lejanías fingen misterios y bellezas; y tanto más ansiada, cuanto más inasequible sea.

Conocí un loco que pasaba los días sentado á la orilla de una playa, recostado en un peñasco, y apoyados, los codos en las piernas y entre las manos la cabeza, mirando al horizonte y esperando que á la caída de la tarde apareciera la esperanza, su sueño de locura, sentada en su carro de marfil con ruedas de oro, envuelta entre gasas, tirada nubes y precedida de hermosas ninfas que iban rociando de flores el camino, y al llegar celebrarían sus bodas de dicha y realidad. Murió esperando. Murió feliz.

No sé donde, ví un magnífico cuadro en que representaba á la esperanza una lindísima joven de ojos soñadores, de esmeralda, de sonrisa atrayente, bellísima, alargando una mano esfumada entre gasas y apoyada en una nube muy ténue, que seguía las fluctuaciones del viento.

Debajo había un hombre en actitud de desesperado que hacia esfuerzos de loco por alcanzarla, no lográndolo. Este cuadro y aquel loco simbolizan á la humanidad que espera.

Vive el pobre con la esperanza de un estado mejor, sueña con sueños de lejana posibilidad en reivindicaciones de suerte y de fortuna. Vive el rico creyendo que han de ser eternos sus placeres y sus goces,

sin considerar que hay placeres amargos y goces que solo están en las lágrimas. Sueña el joven locos proyectos de ambición y de alegría; y la realidad severa y arisca se encarga de pisotearlos. Y piensa el viejo en su camino á la muerte, que al fin llegará á realizarse la esperanza inmortal de una dicha cierna; y así en la vida todos soñamos esperando, sin tener en cuenta que antes se deshacen mil ilusiones que se realice una esperanza.

El pasado fué; el presente es un momento. El porvenir es una esperanza, y la esperanza es una ficción, pero una ficción necesaria que solo un esfuerzo de titán, una constancia de loco ó un capricho de la suerte puede hacer que sea algo tangible, que tenga vida, que se posea. Y entre recuerdos y esperanzas se desliza la vida. Hay muy pocos recuerdos que fueron bellas esperanzas que tocamos, y si los hay, son tristes, porque pasaron. Las esperanzas siempre son risueñas, pero pocas veces llegan. Y si llegan, enseguida son recuerdos, es decir, tristezas. Porque á la satisfacción de un deseo sucede la necesidad de llenar otro no satisfecho, y de ahí que la existencia sea una cadena de tristezas y alegrías, de recuerdos y esperanzas.

La esperanza tiene un cuerpo divino, de virgen, pero un alma pervertida, y vamos tras ella como el ruiseñor tras la primavera, insensiblemente, incansablemente, fatalmente.

Yo he visto un cementerio sin cruces y sin flores, con solo dos cruces que eran tan raquíuticos que no se atrevían á erguir su pobre copa, ni mirar al cielo, como dándose cuenta de que eran adorno y compañía de muertos sin esperanza. Era un cementerio de suicidas.

Faltaba en la entrada lo que Dante vió en la puerta del Infierno: «Aquí no entra la esperanza».

El desesperado todo lo vé negro, con negruras de infinita tristeza, con su cristal de escepticismo. Empieza por multar su dicha quitando á su alma el aroma de toda virtud y esperanza; en su cerebro solo reinan las tinieblas, en su corazón amarguras, y de sus labios no brotan más que palabras de desconsuelo, de duda y de muerte.

La esperanza es la que anima al hombre en sus desfallecimientos y caídas; es la que dora la vida; es el acicate del audaz y del ambicioso; es el ídolo de su dicha; es la que pone en los ojos de la humanidad un cristal de ilusiones y de supremos deleites; es el oasis en el desierto, la tabla en el naufragio, la cruz en el campo santo.

Si la esperanza cerrara sus puertas azules y de oro, si huyera de

mundo, sería imposible la vida. Porque solo los suicidas ó las almas enfermas y sin fé no esperan.

¡Bendita sea la esperanza que dulcifica la vida con sus caricias misteriosas y sostiene el mundo con sus dedos de rosa y esmeralda.

ADOLFO DE LARRAÑAGA.

---

## EL VERANO EN SAN SEBASTIÁN



### Juicio del año 1848 por D. Ramón de Navarrete

---

San Sebastián es el Dieppe de España: la belleza de su situación, lo ameno de sus alrededores, lo dulce de su temperatura, su magnífica playa, tan cómoda para los baños, le hacen el punto favorito á donde enderezan sus pasos los madrileños que abandonan la capital por necesidad ó por moda: con arreglo á un cálculo aproximado, puede asegurarse que de cien personas, las 75 obedecen las leyes de la deidad tiránica por excelencia; y que el resto es únicamente el que busca allí el alivio de sus achaques: por eso mismo la mansión en aquellas provincias es más alegre: nada tan triste como un pueblo de enfermos, donde á todas horas, en la mesa, en paseo, en tertulia, no se oye más que una misma conversación: la de las dolencias de cada cual; y Dios nos libre si para hacer el convencimiento más íntimo le obligan á uno á examinar un tumor tan grande y tan hermoso como una naranja, ó á estudiar una herpe pertináz, que brotó nada menos que en una nariz de esas á quienes hay que dar tratamiento.

Allí por el contrario, todo es alegría, todo animación: cierto que no hay sobrada variedad en los goces; que los días suelen correr en la monotonía; pero en cambio, con qué placeres tan puros brindan una naturaleza rica y fecunda, el estudio de las costumbres sencillas de